

seno sin cesar algunos mónstruos de nueva especie, y aunque ya no se ven serpientes de tan desmesuradas proporciones como las que nos describen los romanos, las hay todavía de una dimension gigantesca en esta parte del mundo, á la par de otras de menor dimension: pululan allí los lagartos, siendo el mas formidable de todos el cocodrilo, que infesta la mayor parte de los rios, y aun seria su número mucho mayor, si las tortugas no devorasen un buen número de ellos en el momento de nacer. Tambien se encuentran en Africa camaleones y langostas, que constituyen uno de los azotes de esta comarca. Abundan las hormigas, insectos no menos temibles; hay nubes de cínifas, moscardones y moscas, estremadamente incómodos, de arañas, escorpiones y de mil pies, en una palabra, los gusanos de la Guinea, que se insinuan en la piel del hombre, constituyen tambien uno de los inconvenientes dimanados de un calor estremo. Hay muy buenas pesqueras de coral á lo largo de la costa bañada por el Mediterráneo, asi como esponjas y diversos mariscos muy curiosos, agregándose á esto que hay multitud de parages cubiertos de peces.

El avestrúz habita en los confines de los desiertos y las llanuras vecinas; la pintada, la señorita de Numidia, la grulla coronada, el marabú, cuyas plumas sirven de adorno; los calaos, de monstruoso pico; el secretario, que reúne á su vez las propiedades de las aves carnívoras y las zancudas; el ibis, venerado por los antiguos egipcios; la cotorra de collar, el papagayo gris, el pelícano, la espátula, las garzotas, que de tanto uso son como objetos de adorno. Estas son las mas notables entre las aves indígenas del Africa, donde se hallan una infinidad de variadas especies, que brillan tanto por la sonoridad de sus gorgeos como por el brillo y diversidad de cambiantes de su plumaje.

El leon hace retremblar con sus rugidos todas las comarcas de esta parte del mundo desde las riberas del Mediterráneo hasta los desiertos limítrofes del Cabo de Buena Esperanza; la pantera, el leopardo, el lince, las hienas y el chacal esparcen igualmente por do quiera el terror entre los abundantes rebaños de animales pacíficos, tales como los antílopes, cuyas numerosas especies recorren con pie ligero toda la superficie del continente; los carneros, entre los cuales los hay que tienen en vez de cola unos apéndices carnosos y grasientos, y otros por efecto del calor pierden su lana, que al punto es reemplazada por el pelo. El buey del Cabo ó cafre, tiene un carácter de ferocidad que no permite domarle, y por el contrario el doméstico vaga por do quiera que encuentra alimento. El Africa puede tener el orgullo de producir esa raza de caballos berberiscos que se distinguen admirablemente por lo elegante de su estampa y lo veloz de su carrera; el jumento llega á adquirir en este pais una alzada y una resistencia desconocidas en Europa. Al Mediodía, la zebra y el cuaga tienen su pelaje rayado con una regularidad artística. La mayor parte de los rios caudalosos alimentan el pesado hipopótamo; el rinoceronte de dos cuernos es comun en toda la parte que va del Sur al Este, que es tambien la patria de la girafa, cuyo carácter distintivo es tener un cuello de una longitud extraordinaria. Los africanos se sirven para atravesar el desierto de los camellos y dromedarios, sin cuyo auxilio seria intransitable. Los bosques están cubiertos de variadas especies de monos, murciélagos y ardillas; encuéntranse igualmente en Africa ratas, erizos,

Viage ilustrado.

puereo-espines, liebres, gatos de Algalia, caprichosas musarañas, topes, gamos, pangolines formicívoros, cubiertos de escamas y desprovistos de dientes, oricteropos, que tambien se alimentan de hormigas é icneumonos, enemigos del cocodrilo. Los osos tan solo habitan en las cavernas del Atlas, y el elefante paca en los campos desde los límites meridionales del desierto hasta el Cabo de Buena Esperanza.

Entre las nubes de insectos que sirven de desolacion al Africa, es preciso mencionar sobre todo los misticos, cuya mordedura pasa por mortal, unas hormigas enormes que matan al elefante metiéndosele en la trompa, y las langostas, capaces por si solas de devastar provincias enteras. Pasamos en silencio los estrechos, golfos, islas, cabos y lagos de Africa, aunque hay algo de interesante que decir de ellos, pero ya tendremos ocasion natural de hablar de cada uno separadamente en la descripcion detallada que vamos á hacer de todo el suelo africano.

EGIPTO.

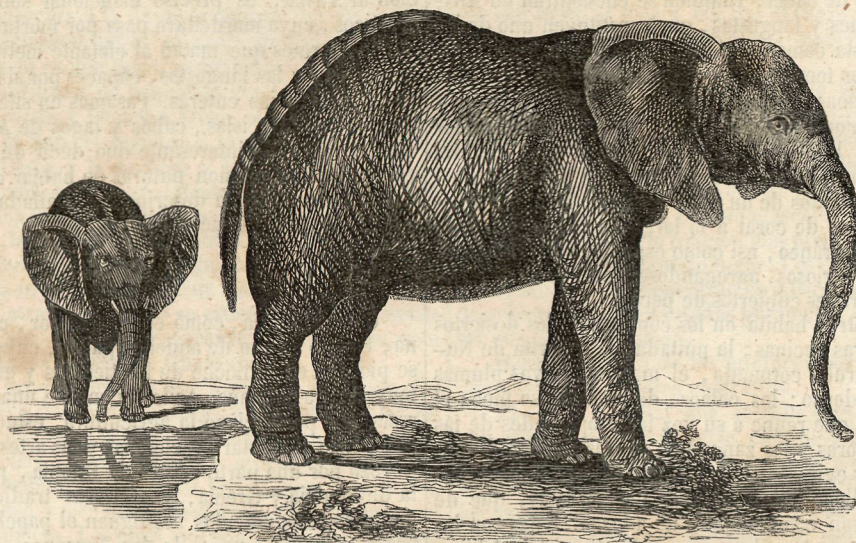
Como la India, como el Asia Menor, como la China, Egipto es uno de aquellos paises, cuyos recuerdos se pierden en la noche de los tiempos y en una noche muy oscura y lejana. Asilo ó cuna de una raza poderosa, que perfeccionó la agricultura, estudió la política, é hizo adelantar las ciencias y las artes, su historia se roza por una parte con la de Etiopia, por otra con la de Fenicia y Grecia, y gloriosas tradiciones y gigantescos monumentos atestiguan el papel que ha representado el imperio de los Faraones. Despues de ellos, griegos y romanos, árabes y turcomanos han impreso en él su huella sucesivamente, y desde Meroe hasta Alejandria, las riberas del Nilo conservan, como una especie de museo, los vestigios de todas las grandezas. Por último, la importancia de Egipto tuvo, como todas las cosas humanas, su razon de existencia en circunstancias providenciales.

Colocado en el fondo del Mediterráneo, bañado por otra de sus facas por el mar Rojo, que le abre el camino de la India, de la Persia y la Arabia, cruzado por un rio inmenso, que le une á los paises mas centrales del Africa, la patria de Sesostris se ha encontrado envuelta y aun ha servido de pábulo muchas veces á los principales movimientos del mundo antiguo.

Geográficamente hablando, Egipto, limitado al Norte por el Mediterráneo, al Este por el mar Rojo y el istmo de Suez, que une el Africa y el Asia, al Oeste por el gran desierto de Libia, y al Sur por la Abisinia, no es en realidad sino el valle del Nilo, el rio mas grande de los antiguos continentes, cuyos manantiales se han ignorado por tan largo tiempo, y del cual una de sus ramas, Bahr-el-Azrek, sale de la Abisinia, donde es todavía adorado como una divinidad, y la otra menos conocida, Bahr-el-Abiad, parece estar en ciertas épocas del año en comunicacion con el Níger, atravesando consiguientemente por enmedio de Africa, y pasando por los montes el Kamer. Este último brazo, despues de haber bañado el Donga y otros diversos paises habitados por negros, se reúne al Nilo un poco mas allá del Damer; despues el rio, sin afluencia en adelante, da una gran vuelta al Sud-este en Dongolah, atraviesa dos cataratas, que una de ella, en la Nubia inferior, entra en Egipto cerca de Siena ó Assouam en el momento en que verifica la última de sus caidas.

De Siena al Cairo corre un valle de cerca de 20 kilómetros de anchura, y flanqueado por dos cadenas de montañas, de las cuales una se pierde en el mar Rojo, y la otra en el desierto de Libia. Cerca de Syouth, la cordillera occidental se aparta bastante para dejar ver un desierto de arena, y mas abajo, en Beny-Soueyf, aquellas descienden y se descubren las férti-

El Egipto es un terreno bajo y casi unido, en el cual aquellas crecientes ó avenidas se desarrollan largamente, y como las aguas que las ocasionan están cargadas de barro, dejan cubiertas de éste las tierras por donde pasan. De aqui la fertilidad tan famosa de Egipto, que cubierto por la inundacion desde el principio del verano hasta el del invierno, deja, en los

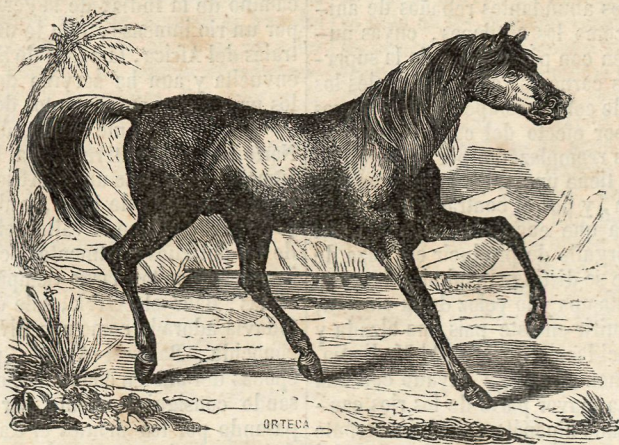


Elefante de Africa.

les llanuras del Fayoum. Desde el Cairo, las dos cordilleras de montañas que se habian combinado para encerrar el rio, se abren de modo que describen un ámbito redondo, y el Nilo, que se divide á sí propio en dos brazos, forma el Delta, asi llamado porque su figura recuerda la de la Δ ó D griega.

seis meses restantes, echar al labrador su semilla sobre la tierra aun blanda, y recoger luego sin esfuerzo casi una rica y abundante cosecha.

Corren unidas al Egipto ideas tan maravillosas, tradiciones de tan fabulosa antigüedad, que para tentar hacer comprender el interés que inspira, es preciso,



Caballo árabe.

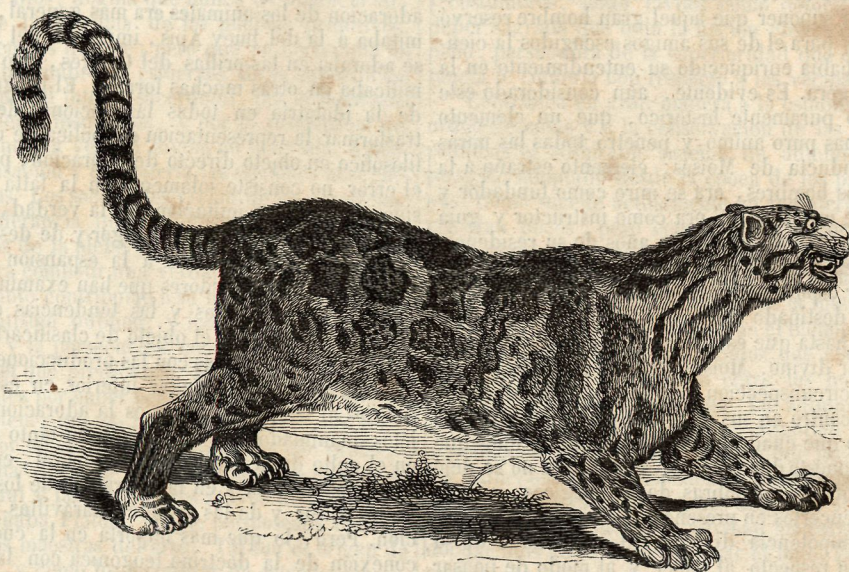
Las grandes lluvias que caen periódicamente bajo los trópicos, forman lagos temporales en lo alto de las lomas de Africa, de donde se vierten despues á los valles principales, y hacen crecer los rios que los bañan en una proporecion considerable.

por decirlo asi, remover á cada instante lo actual para encontrar en ello las huellas de lo pasado.

Detengámonos un poco en su primitiva historia, que ha de dar ocasion á graves consideraciones por parte de nuestros lectores.

Entre todas las naciones de la antigüedad, no hay ninguna mas misteriosa en su origen que la egipcia; es el gran enigma del mundo primitivo, en cuya solución han trabajado vanamente los filósofos. La voz que nos habla de sus recónditos destinos es la de sus ruinas, de sus inmensas pirámides, de sus obeliscos, de sus catacumbas, de sus gigantescos vestigios de canales, ciudades, columnas y templos, que con sus geroglíficos son todavía objeto de admiración para los viajeros inteligentes, despues de haber sido espectadores de la caída del mundo antiguo. Esas fábricas colosales, muchas de las cuales han resistido y resisten aun, y resistirán largos siglos á los estragos del tiempo devorador, ostentan el sello del carácter nacional de un gran pueblo, conjunto extraordinario de cualidades que parecen opuestas; pueblo, al mismo tiempo, positivo y contemplador, inteligente y esclavo, rutinero y fecundo en altos pensamientos, supersticioso y filósofo, metódico y original. Algunos de aquellos monumentos eran de una utilidad evidente.

atrevido dotó de tan magestuosa inmortalidad? ¿Dictó esas construcciones maravillosas el arrogante empeño de ostentar un poder capaz de sobrepujar los mas insuperables obstáculos, ó se ligan ellas con los dogmas de una filosofía sublime, en cuyos misterios no ha penetrado todavía el genio de la indagación? La ciencia del hombre se humilla delante de estos recónditos arcanos. Como otros muchos de los que abrigan las regiones del Oriente, no pueden contemplarse sin asociarlos con aquellas épocas remotísimas, testigos del mundo primitivo, en que la humanidad se movia por impulsos desconocidos que el curso de las generaciones ha ido trasformando, y de que la historia ni la tradición conservan el menor vestigio. La idea en conjunto que nos formamos del Egipto, es la de una nación que purificó en parte, y en parte desfiguró las nociones de saber y de civilización traídas indudablemente de la península india; de una nación inmensa que pudo disciplinarse con la regularidad de una escuela y con la sumisión de una comunidad religiosa;



La pantera.

Los canales, tan vastos como sólidamente construidos, servian para derramar en todo el territorio de la nación las aguas fecundadoras del Nilo; los diques contenian sus inundaciones y abrian á las ciudades el fértil valle que riega; los obeliscos trasmitian á la posteridad los nombres de los reyes y de las dinastías y las vicisitudes de la historia nacional, en caracteres que há descifrado la paciencia de los investigadores. Las catacumbas, además de custodiar dignamente las cenizas de las razas ilustres, servian para purificar el aire, apartando de las poblaciones los miasmas que podrian infestarlos. ¡Cuánto no se ha escrito, cuánto no se ha conjeturado sobre el verdadero uso de esas pirámides eternas, que confunden la imaginación y que parecen desafiar al cielo! La ciencia moderna ha descubierto en ellas otros tantos parapetos, en que se detiene la furia destructora de los vientos del desierto. Pero, ¿de qué servian esos palacios subterráneos, ese laberinto, esa esfinge monstruosa, á quien la mano de un escultor

de una nación en que la ciencia se miró como un tesoro que no debian profanar los ojos de la muchedumbre; de una nación, que sin opinión pública, fué simultánea en sus movimientos, uniforme en sus costumbres y esclava de sus leyes; de una nación, en fin, que enseñó las artes á los griegos, dejándoles avanzar rápidamente en su cultivo, y quedándose fija en el periodo en que se detuvo. Otro contraste aun mas inexplicable nos ofrece el tipo egipcio, y es el ilimitado ensanche que dió aquel pueblo á la inteligencia, y el freno que supo poner á la voluntad en la unidad nacional, mientras que en el conocimiento de la naturaleza y de la esencia del alma, y en las especulaciones ontológicas sobre el ser y lo absoluto, se aventajó el Egipto á los pueblos asiáticos que lo habian precedido en la carrera de la civilización. Pitágoras sacó del Egipto toda la parte física de su sistema filosófico. Moisés, segun la Escritura, «estaba versado en la ciencia de los egipcios, porque allí habia recibido su

Viage ilustrado.

educacion», y como despues veremos, ninguna nacion del globo ha mirado con mas esmero este precioso ramo de las instituciones públicas. Una princesa egipcia cuidó de su niñez, y bajo sus auspicios adquirió gran masa de conocimientos científicos. Su nombre mismo, si hemos de dar crédito á varios escritores antiguos, era de origen egipcio, porqué Moisés significa en aquel idioma, *sacado del agua*. Muchos de los preceptos de la ley mosaica, y especialmente los que se refieren á la vida esterna, al alimento, al régimen de la vida y á la conservacion de la salud, preceptos fundados en los usos del país y practicados por sus habitantes, salieron de los códigos y de los libros de aquella nacion. A estos conocimientos y á estas prácticas dió el legislador hebreo un temple mas digno y mas elevado, imprimiéndoles el sello de una consagracion religiosa. No todo su cuerpo de legislacion emanó de aquel manantial, como se lo han echado en cara algunos escritores modernos, que han juzgado á los pueblos primitivos como si fueran sus contemporáneos, y que apartan de Moisés toda consideracion al alto caracter de que le habia revestido la Divinidad. Tambien sería un gran error suponer que aquel gran hombre reservó para su uso y para el de sus amigos escogidos la ciencia con que habia enriquecido su entendimiento en la tierra estrangera. Es evidente, aun considerado este asunto como puramente histórico, que un elemento mas alto y mas puro animó y penetró todas las miras y toda la conducta de Moisés; elemento extraño á la ciencia de los hombres, ora se mire como fundador y legislador de un Estado, ora como instructor y guia de un pueblo. En los cuarenta años de su residencia en Arabia, en compañía de Jethro, una de cuyas hijas tomó por esposa, el alto principio de la mision á que estaba destinado fué creciendo y fortificándose en su alma, hasta que estalló con toda la vehemencia de un poder divino. Moises sacó de los egipcios con gran tino y circunspeccion todo lo moral, lo sólido, lo puro que encontró en sus doctrinas y en sus instituciones; todo lo que cuadraba con los sublimes fines que se habia propuesto desempeñar. Asi es, que no se dejó intimidar por las maniobras de los mágicos, y no le fué difícil vencerlos en presencia del rey con el auxilio de la omnipotencia divina. Tal es la llave de su conducta con respecto al saber y al modo de pensar de los egipcios, y esa conducta, no solo no es reprehensible bajo el punto de vista humano, sino digna de nuestra admiracion. Si, por ejemplo, suponemos que Moisés, el primero y el mas perfecto de los escritores hebreos, el fundador y el legislador de su idioma, fué, si no el primero que descubrió, á lo menos el primero que fijó y regularizó el alfabeto nacional, podemos concebir fácilmente que tomó las diez primeras y las doce últimas letras de los geroglíficos egipcios; porque ya en aquellos primeros tiempos los geroglíficos, sin despojarse de su sentido simbólico, iban tomando una forma alfabética. Moisés tomó los de esta última clase y desechó los otros, que no podian ser de la menor utilidad á sus intentos. Lo mismo hizo con todos los otros elementos científicos. En efecto, á pesar de todo lo que hemos dicho y diremos de la ciencia egipcia, estamos lejos de sostener que se habia preservado de errores groseros y de los abusos de la magia. Aunque hay motivos fundados para creer que la unidad de Dios era uno de los dogmas que profesaban los sabios de la nacion, y que ocultaban á los ojos de la muchedumbre, no por esto dejaron de

estraviarse en un laberinto de groseras ficciones y de tenebrosas y absurdas quimeras. No podia menos de suceder asi, si se tiene presente el origen de toda su ilustracion. Ya hemos dicho que este origen fué la India, de lo que resultaron las mas estrechas analogias entre las instituciones políticas, las creencias religiosas y el modo de considerar la vida humana en ambas naciones. En nuestros tiempos los sucesos políticos y las frecuentes comunicaciones de los puertos europeos con las escalas de Levante, han dado ocasion para estudiar aquellos países, suministrando pruebas de aquella semejanza. Durante la guerra de Napoleon en Egipto, los soldados del Indostan, que tenian los ingleses á su servicio, al ver los monumentos que cubren aquel territorio, se postraron devotamente, reconociendo en ellos los objetos y símbolos de su idolatria. Sin embargo, se notan considerables diferencias entre los dos caracteres nacionales. Los egipcios propendian mas que sus predecesores al estudio de la naturaleza física, y eran mas aficionados á las ciencias naturales; su idolatria era mas material y grosera en sus errores fundamentales y en sus representaciones visibles. La adoracion de los animales era mas general, y no se limitaba á la del buey Apis, imitacion del Nandi, que se adoraba en las orillas del Ganges, sino que se ramificaba en otras muchas formas. El progreso natural de la idolatria en todas las naciones del mundo es trasformar la representacion simbólica de un principio filosófico en objeto directo de adoracion, porque como el error no consiste solamente en la falta de verdad, sino en una falsa imitacion de la verdad, tiene como ella un principio interno de vigor y de desarrollo, que propende constantemente á la expansion y al crecimiento. Algunos escritores que han examinado filosóficamente los principios y las tendencias de todos los cultos idolátras, con el objeto de clasificarlos á la manera de los naturalistas con las producciones de la naturaleza, señalan el lugar inferior en esta escala de delirios al fetiquismo, que es la adoracion de los objetos inanimados, y no descubren tanto abajamiento en el culto de la naturaleza en general, en la apoteosis de los héroes, y en la adoracion de los elementos, de los astros y de las grandes maravillas de la creacion. Pero, lo que mas importa en la cuestion, es la conexion de la doctrina teogónica con la práctica y con la moralidad de la vida activa, porque de este exámen ha de resultar la comparacion entre las naciones que mas ó menos se han apartado de la verdad primitiva y universal, es decir, del dogma de la unidad de Dios. El fetiquismo está íntimamente ligado con la mágica, ó mas bien, los fetiques no son mas que instrumentos de encantos y de conjuros. Asi se entiende en todas las religiones de lo interior del Africa que no han desaparecido delante del mahometismo, y que probablemente heredaron aquellas ideas de los cainitas ó descendientes de Cain, sus antiguos fundadores. Que el temple de los egipcios se inclinaba mucho á la mágica, es una noticia en que están conformes todos los escritores hebreos y griegos; pero la mágica egipcia era mas profunda, mas sistemática que la africana. Quizá estribaba en descubrimientos científicos que se han perdido con el curso del tiempo, y no sería imposible que alguno de ellos entrase en el número de los que nos asombran en el día como ilustres adelantos de la ciencia moderna. La mágica es una errónea y perversa aplicacion de las fuerzas activas de la naturaleza, pero que en su origen supone

algun conocimiento del modo de obrar de aquellas fuerzas, y en su degeneracion y traslacion á tribus bárbaras, no conserva mas que la parte mimica y pueril, asociada con el terror que inspira un poder mágico y envuelto en tinieblas. La parte sublime de esta falsa ciencia no aparecia á los ojos de la muchedumbre sino que se encerraba en los misterios, que eran sociedades secretas, en cuyo seno solo entraban hombres sabios y escogidos, despues de grandes pruebas físicas y morales, y de una larga iniciacion acompañada de muchas y complicadas ceremonias. Los misterios de Isis eran célebres en toda la antigüedad. De Egipto pasaron á Grecia, cuyos primeros sabios no fueron mas que propagadores de la ciencia que habian aprendido en aquellas tenebrosas reuniones. Sobre todas las verdades que en ellas se comunicaban á los prosélitos, se desarrollaba una tan elevada, tan augusta y tan tremenda, que su revelacion á un profano se consideraba como un crimen imperdonable, y se castigaba con la muerte del delincuente. Esta verdad, segun las conjeturas de los eruditos, era el dogma de la unidad de Dios; dogma que nunca desapareció enteramente de la creencia de los pueblos primitivos, desde los tiempos de Noé; pero que se corrompió en la de la muchedumbre á esfuerzos de la supersticion introducida por el interés sacerdotal, por el fanatismo de los falsamente inspirados, y por la propension del hombre, cuando la verdad divina no le ayuda, á convertir en sensacion y en materia las nociones mas elevadas y puras. Los sacerdotes vivian de los sacrificios, y la preponderancia que su ministerio les aseguraba en los ánimos de la plebe ignorante, les sirvió de instrumento para combatir una verdad contraria á las patrañas que tanto contribuian á su bienestar. Sabian dirigir el fanatismo público, y les convenia escitar el odio general y la persecucion contra los enemigos de la supersticion que predicaban. Si la culta Atenas condenó á Sócrates por haber negado la pluralidad de dioses y por sostener que no habia mas que un solo Dios, ¡cuanto mayor no seria el peligro de los que profesaban la misma doctrina en países que no poseian la cultura general y las costumbres suaves de la ciudad, en que enseñaba Platon, y que hermozeaba Pericles con las obras maestras del arte! Tal fué el origen de los misterios, y como los miembros de estas asociaciones, muy semejantes á las lógiás modernas, eran hombres de primera nota, aplicados al estudio y depositarios de los principios filosóficos que componian el saber humano, no es de estrañar que los misterios reuniesen el carácter científico y religioso, y que sus miembros no solo ocultasen al vulgo la creencia religiosa, sino los conocimientos naturales que tanta superioridad les daban con respecto á la masa comun.

Esta diferencia entre sabios é ignorantes no era, sin embargo, tan grande en Egipto como en la India, en Asiria y en Persia. Habia en el carácter nacional un gran fondo de sentido comun; cierta solidez y moderacion que contrasta notablemente con la apatía brutal de los esclavos de Jerjes y con el desenfrenado libertinage de los adoradores de Belo. Si es cierto que la política interna de los gobiernos caracteriza el grado de inteligencia de las naciones, es altamente honorífica á los egipcios la opinion de Herodoto, que Bossuet abraza en su célebre discurso, á saber: que ellos fueron los primeros que establecieron un sistema gubernativo, esclusivamente encaminado á la felicidad de los pueblos. Sus leyes se distinguian por su breve-

dad y por la justicia de sus disposiciones; algunas de ellas obligaban al ejercicio de ciertas virtudes favorables á la humanidad; por ejemplo, la que castigaba con pena de muerte al que, pudiendo defender á un hombre, violentamente atacado por otro, no lo hacia, y al que no pudiendo hacerlo no denunciaba al ofensor. La obligacion que la ley imponia á todo hombre de ejercer una profesion ó un oficio, nos parece en el dia violenta y tiránica; pero no consideramos el desprecio con que las naciones asiáticas miraban al trabajo, ni los lamentables efectos que producía la ociosidad en que estaban sumergidas, y que no sacudian sino para correr á los combates y emprender conquistas insensatas y asoladoras invasiones. Nadie podia cambiar de profesion, ni era lícito á los hijos abrazar otra distinta de la de sus padres para que la industria se perfeccionase con la práctica, el ejemplo y las tradiciones hereditarias en las familias. Todo súbdito debia aprender la religion y las leyes patrias; las innovaciones de toda clase estaban severamente prohibidas; la conservacion escrupulosa de los usos, prácticas y costumbres, tanto civiles como domésticas era un deber sagrado que toda la nacion observaba con empeño, persuadida de la superioridad que esta circunstancia le conferia con respecto á las vecinas.

Contribuia en gran manera á la estabilidad de este orden de cosas y á la conservacion de las costumbres públicas el admirable sistema de administracion de justicia, adoptado desde la época de los primeros reyes. Como sucede actualmente en Inglaterra, los jueces eran pocos; pero ocupaban los primeros puestos de la gerarquía social y gozaban de pingües rentas, que los ponian al abrigo de toda tentacion. Como no se conocian los estudios forenses, ni la inteligencia, ni la interpretacion de las leyes eran el monopolio de una profesion: los treinta magistrados que componian el único tribunal, se escogian entre los hombres mas honrados y virtuosos del reino. La administracion de la justicia era gratuita y no se admitian defensas ni acusaciones verbales por temor de que los artificios y las seducciones de la elocuencia desfigurasen la verdad y la justicia. Las partes alegaban sus derechos por escrito y los jueces estudiaban maduramente estos documentos antes de pronunciar el fallo. Este tribunal ejercia una especie de censura semejante á la que instituyeron los romanos en los buenos tiempos de la república, y no necesitaba de acusacion para proceder, no solo contra los que infringian directamente las leyes, sino contra los vagos, los ociosos, y contra todo hombre de conducta desarreglada. Era tambien de su incumbencia otorgar recompensas á las acciones virtuosas, y sobre todo, al ejercicio del agradecimiento, que era la virtud que en mas alta estima tenian. El hombre que salvaba la vida á su bienhechor ó le mostraba su gratitud por medio de algun servicio importante, podia aspirar á los mas altos honores y á los puestos mas elevados.

El juicio póstumo era una institucion peculiar á este pueblo estraordinario, y no creemos que se haya imitado en ninguna otra parte del mundo. Inmediatamente que moria un hombre se presentaba el cadáver ante los jueces, y oidos el acusador público y el hijo ó pariente que tomaba la defensa del difunto, se calificaba su memoria, segun las pruebas alegadas de su buena ó mala conducta, y en este segundo caso se le condenaba á la privacion de la sepultura. Esta costumbre era un freno poderoso que contenia á los hombres



Moisés.